



www.loqueleo.com

Los agujeros negros

© Del texto: 2000, Yolanda Reyes

© De las ilustraciones: Daniel Rabanal

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-34-6

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición en Colombia: diciembre de 2005

Primera edición en Loqueleo Colombia: abril de 2016

Cuarta reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los agujeros negros

Yolanda Reyes



loqueleg

*Para Iván, para Laura y Andrea...
y para todos nuestros niños,
que cultivan esperanzas entre
los bosques de niebla.*

Prólogo

La historia de esta historia

“Ojalá ustedes nunca tengan que vivir una guerra”, decía mi abuela y cerraba los ojos, como rogándoselo al futuro. No recuerdo cuántos años tenía yo ni de cuál de todas las guerras hablaba ella. Tal vez se refería a la Guerra de los Mil Días, a la época de la violencia en Colombia o a otras guerras que ocurrieron cuando yo no había nacido. De lo que sí me acuerdo todavía es de las imágenes que pasaban por mi cabeza mientras la oía. Mi imaginación mezclaba gente comiendo ratas y suelas de zapatos en ciudades sitiadas, con lanceros casi desnudos escalando páramos, y a esas escenas, sacadas de mis libros de historia, les añadía las imágenes fastuosas de otras guerras de película. 9

Yo era una niña entonces y creía que la guerra era más escandalosa y menos cotidiana: que se tomaba la molestia de avisar antes de entrar a las casas y que tenía una fecha de inicio y otra de final, como en la lista de batallas de mis textos escolares. Pero, sobre todo, creía que las palabras y la presencia protectora de mi abuela
10 serían suficientes para espantarla de mi vida.

Durante muchos años confié en que el fantasma de la guerra se hubiera quedado en el pasado. Y como esta guerra nuestra fue llegando despacito, sin trompetas anunciándola, la verdad es que no me di mucha cuenta de cuándo empezó. Ahora que lo pienso, siempre debió estar ahí: algunas veces escondida y otras veces más visible. Lo cierto es que no pude librarme de ella y que todos nosotros, los grandes y los pequeños, hemos vivido tiempos difíciles en Colombia. La historia que voy a contarles, es hora de decirlo, nació de esos tiempos difíciles y sucedió en la vida real.

Los agujeros negros se publicaron por primera vez en una colección sobre los Derechos de los Niños que hizo la editorial Alfaguara con el apoyo de UNICEF en el año 2000 y en la cual se encargó a los autores de diversos países de habla hispana, desde Argentina hasta España, la creación de un cuento a partir de un derecho de los niños. Así por azar, como en uno de esos sorteos que a veces se hacen en el colegio para asignar temas de trabajo, a cada escritor le correspondió un derecho para escribir su cuento. El derecho que a mí me tocó en suerte decía así: “Los niños tienen derecho a recibir auxilio y protección”. Por esos días se sabía que había niños secuestrados en nuestro país, que muchos otros sufrían por el secuestro de sus padres y que también había menores en las filas de los distintos grupos armados. Además, como tal vez les ha sucedido a ustedes, bastaba con salir de la casa para ver niñas y niños desplazados en las calles cercanas, sin tener dere-

11

cho a nada y, menos que nada, a recibir protección o auxilio.

12 No era fácil escribir un cuento en semejantes circunstancias y, por eso, muchas veces estuve a punto de entregar mi hoja en blanco. Pero, justo cuando iba a rendirme, se me vino a la cabeza una imagen de la historia que van a leer. Me acordé del dolor que sentí una mañana cuando abrí el periódico y encontré la noticia del asesinato de un papá y una mamá, en la que también se relataba cómo su pequeño hijo se había salvado de milagro...

Me imaginé a esa mamá y a ese papá, a los que nunca conocí, usando los últimos instantes de su vida para poner a salvo a su chiquito y el cuento empezó a salir de esa imagen que se me había quedado en la memoria y que me seguía doliendo, como una herida abierta. Así como a veces los escritores encontramos el material de los cuentos en una imagen fantástica, feliz o disparatada, otras veces es el dolor el que nos lleva a contar una historia. En este